

lea,

difunda

y escriba

narrativa

**ADRIANA KOLYVAKIS**, escritora argentina contemporánea, posee un estilo claro y sugestivo, capaz de transmitir con su prosa imágenes e ideas en textos breves; elabora sus relatos con trazos suficientes, como si dejara al lector el espacio necesario para que él los reelabore, los complete o pueda continuar la trama.

*Correspondencia con la autora :*

ZAVALETA 27 - 6º "B"  
1437 - BUENOS AIRES.

Coordinador de la colección :

**CARLOS PENZA**  
Corrientes 2963 - 2º cpo. - 1º "G"  
1193-Buenos Aires - Argentina  
Tel. 88-2552

DISTRIBUCION MUNDIAL

coleccionable

todo es **Cuento**<sup>®</sup>  
y

adriana  
**Kolyvakis**

invierno de 1991

a. K.

## HOMBRE CAMINANDO EN LA MAÑANA

El hombre caminaba. Su paso era lento, como si estuviera fascinado. El día brillaba en el sol de la mañana, en su pelo revuelto y en sus ojos casi húmedos. No parecía advertir que su figura despertaba sentimientos dormidos, ternuras nuevas, y que eran muy pocos los que no detenían, aunque fuera apenas por unos segundos, sus rutinas.

El hombre caminaba destrozando con su andar, caras serias y gestos adustos.

Es que habían sido tantos los años de esperas, de angustias, de no poder... Sólo su mujer y él lo sabían. Sólo ellos sabían lo que era impregnarse de esa quietud y de ese silencio día tras día. ¡Con qué dolor él había visto cambiar la actitud de ella ante los hijos ajenos! Su sonrisa se había desdibujado hasta no ser, hasta convertirse en rechazo.

Había preferido volver a casa con aquel bultito rosado y tierno entre sus brazos, así, despacio y pensando. Era la sorpresa, su sorpresa increíble, especial.

Ese mismo día muy temprano, lo había llamado la monjita que trabajaba en el hospital, y él simplemente había ido; no sabía si esa era la forma correcta; no lo había razonado, pero era la luz, la alegría, el mañana, y ahí estaba entre sus brazos, que nunca habían acunado, que tal vez apretaban demasiado en su necesidad de afecto.

¿Qué pasaría al llegar? ¿Cómo los recibiría? ¿Acaso podría ella sacarse las amarguras del cuerpo como quien se quita un traje viejo? Quisiera Dios...

El hombre caminaba temiendo tropezar, sintiéndose inseguro; ¡qué largas y difíciles le resultaban aquellas cuadras tantas veces transitadas!

Habría que buscar una farmacia y comprar biberones y pañales y... Un auto frena bruscamente a su lado asustando al bebé, que amaga llorar; él se desespera ante esa realidad desconocida y se lo acerca más al pecho, convirtiendo así los latidos de su corazón en tibia canción de cuna, y pleno de alegría ve cómo la carita se distiende.

El hombre caminaba, y a su paso las flores del puestito de la esquina le regalaban su perfume; los canillitas sólo voceaban las buenas noticias de los diarios, y la mañana toda lo envolvía con sus colores recién estrenados. Él nada veía, deslumbrado por el milagro de la vida nueva.

El hombre caminaba y caminaba llevando a sus espaldas viejas tristezas, y entre sus brazos la esperanza.

El hombre caminaba...

ADRIANA KOLYVAKIS  
(de su libro "El Hacedor de Sueños")

## PUPILAS DORADAS

El hombre hacía ya tiempo que lo venía ganando un cansancio diferente de todos. Era una sensación que le nacía del fondo mismo de la vida; era como si ya no le quedaran espacios por los cuales transitar, ni emociones nuevas capaces de arremolinar tanta hojarasca...

Aquella noche la angustia le creció hasta hacerlo sentir irritado, acorralado en su propia casa; fue entonces cuando se puso el sombrero y su viejo sobretodo gris, y como un tigre que olfatea la libertad, llevado por un impulso visceral, cruzó el "living" y atravesó aquella puerta que minutos atrás le pareciera imposible abrir.

Lo recibió la calle solitaria, indiferente con su traje de luna llena; caminaba a paso vivo, golpeando los pies en la vereda para sacarse la bronca y esa desazón..., porque aún sin él saberlo esperaba a alguien, y su cuerpo todo estaba tenso por la ansiedad.

En su marcha se le acercó un gato, grande, atigrado, orgulloso, y comenzó a seguirlo; no le desagradó la repentina compañía; hasta se podría decir que le hizo bien: se fue relajando, bajando las defensas, y su andar se fue haciendo más blando, más suelto. Se rió de sí mismo, de cómo la presencia del animal lo hacía feliz. Dobló en la esquina, y notó satisfecho que el felino no lo abandonaba. Dicen que regresó al amanecer, cansado pero dichoso.

Salió al día siguiente y a los pocos pasos se le cruzó el gato entre las piernas; el hombre le empezó a hablar y pronto oyó el profundo ronronear de su garganta; lo quiso tocar, pero él lo evitó... y se perdió entre las sombras.

Al tercer día lo buscó angustiado, lo llamó pero no obtuvo respuesta a su llamado; entonces recorrió algunos metros de su habitual caminata con la cabeza gacha; al cruzar un sendero y levantar la mirada lo vio frente a él observándolo.

Sus ojos brillaban en la oscuridad; se quedó absorto, incapaz de todo movimiento, sintiéndose prisionero de esas pupilas doradas. El gato maulló y comenzó a caminar, y él, sin dudarle, lo siguió hasta el fin de la noche y de los tiempos...

ADRIANA KOLYVAKIS